

GREGORY MAGUIRE

HIGO DE

BRUJA

Por el autor de *Wicked*

Liir tiene catorce años y un montón de preguntas. Siempre ha estado con Elphaba, la bruja de piel verde, pero no sabe si ella es su verdadera madre. Cuando ésta muere, Liir no tiene donde ir ni nada que hacer y decide emprender un viaje para descubrir su identidad y un lugar en el mundo. Unos días más tarde se despierta malherido y asustado en un monasterio junto a Candle, una misteriosa joven novicia muda. ¿Quién le llevó hasta allí? ¿Por qué le han atacado? Liir pronto descubrirá que sus problemas no han hecho más que empezar...

En Hijo de bruja, la esperada segunda parte de *Wicked*, Gregory Maguire nos presenta un imaginativo, cautivador y fascinante escenario de horror y asombro que nos permite distinguir entre el bien y el mal, y nos da las claves para entender el mundo en que vivimos. Una fábula ingeniosa y astuta que deleitará a los lectores que quieran adentrarse en un universo de fantasía donde todo es posible.

L. Frank Baum dedicó su segunda novela de Oz, *La maravillosa tierra de Oz* (1904), a los actores David C. Montgomery y Fred A. Stone, que habían interpretado al Hombre de Hojalata y al Espantapájaros en la primera versión teatral de *El mago de Oz*.

En ese mismo espíritu, *Hijo de bruja* va dedicado al elenco y al equipo creativo del musical *Wicked*, estrenado en Broadway en octubre de 2003, la víspera de Halloween.

A Winnie Holzman y Stephen Schwartz, ante todo, por su visión; a Wayne Cuento, Susan Hilferty, Eugene Lee, Joe Mantello, Stephen Oremus, Kenneth Posner, Marc Platt y sus compañeros, por hacer realidad esa visión, y entre toda la estupenda compañía, muy especialmente a Kristin Chenoweth (*Galinda/Glinda*), Joel Grey (*el Mago*) e Idina Menzel (*Elphaba*), por insuflar vida en esa realidad.

No me preocupa que la poesía de los pueblos democráticos resulte tímida o demasiado prosaica. Me inquieta mucho más que [...] acabe por pintar comarcas enteramente imaginarias.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE,
De la democracia en América, 1835-1840

Todas las vacas son como el resto de las vacas y todos los tigres, como el resto de los tigres. ¿Qué demonios ha pasado con los seres humanos?

HARRY MULISCH, *Siegfried*, 2001



LA CASA DE SANTA GLINDA

1

De modo que los rumores de crueldad arbitraria no eran meros rumores. A mediodía descubrieron los cadáveres de tres mujeres jóvenes, sorprendidas en alguna misión de conversión que al parecer se había torcido. Las monjas novicias habían sido ahorcadas con sus propios rosarios y ya no tenían cara.

Finalmente conmocionada, Oatsie Manglehand se plegó a las demandas de sus clientes y pidió a los carreteros que hicieran un alto el tiempo suficiente para cavar unas tumbas poco profundas, mientras los caballos saciaban la sed. Después, la caravana prosiguió la marcha a través del páramo cubierto de matorrales, conocido como Las Decepciones, a causa de las numerosas granjas abandonadas aquí y allá.

Viajando de noche, se aseguraban al menos de no ser un blanco fácil, pero tenían tantas probabilidades de meterse en problemas como de eludirlos. En cualquier caso, el grupo de Oatsie estaba inquieto. ¿Deberían haber pasado la noche acurrucados, atentos a los cascos de los caballos y las lanzas? Habría sido una prueba demasiado dura para todos. Oatsie se consolaba pensando que, mientras la caravana estuviera en movimiento, ella podía ir sentada delante, con los ojos bien abiertos, fuera del alcance de las quejas, las recriminaciones y el desasosiego.

Así pues, desde su posición elevada, Oatsie fue la primera en divisar la hondonada. El aguacero caído al anochecer había formado un riachuelo que fluía junto a la senda, en torno a un montículo de piel lacado por el agua y la luz de la luna. Una isla de carne humana, se temió Oatsie.

«Debería desviarme antes de que los otros se den cuenta —pensó—. ¿Cuántos más podrán soportar? No hay nada que yo pueda hacer por esa alma humana. Tardaríamos como mínimo una hora en cavar otra tumba, más el tiempo de las oraciones. Y sólo serviría para poner nerviosos a los clientes, que ya están obsesionados con el valor de su propia mortalidad».

Sobre el regazo del horizonte oscilaba la cabeza de una luna chacala, así llamada porque una vez por generación, aproximadamente, los jirones de un naufragio celestial convergían detrás de la luna creciente de comienzos del otoño, creando un efecto tétrico que confería a la luna la apariencia de tener frente y hocico. A medida que la luna se redondeaba con el transcurso de las semanas, el animal hambriento se convertía en cazador victorioso, de protuberantes mejillas.

La visión era siempre temible, pero esa noche la luna chacala amedrentó aún más a Oatsie Manglehand. «No pares por la próxima víctima. Atraviesa Las Decepciones y deposita a estos clientes en la puerta de la Ciudad Esmeralda». Pero Oatsie no cedió a la superstición. «Has de temer a los chacales auténticos —se dijo—, y no a las inquietudes ni a los portentos de la noche».

Aun así, la luz de la constelación aliviaba parcialmente la ceguera a los colores que se instala por la noche. El cuerpo yacente era pálido, casi luminoso. Oatsie podría haber desviado la caravana de la Senda Herbácea y dar un amplio rodeo en torno al cadáver antes de que los demás lo vieran, pero el declive de sus hombros, el ángulo antinatural que formaban sus piernas... La luna chacala le hizo ver una figu-

ra demasiado clara, demasiado humana para dejarla de lado.

—¡Nubb! —le ladró a su ayudante—. ¡Detén la marcha! Pararemos en formación en el flanco de esa cuesta. Hay otra víctima allí, en la hondonada.

Hubo gritos de alarma a medida que la noticia se fue difundiendo hacia atrás y nuevos murmullos de amotinamiento: ¿por qué tenían que parar? ¿Acaso estaban obligados a ser testigos de cada nueva atrocidad? Oatsie no escuchó. Tiró de las riendas de su tronco de caballos, para detenerlos, y se apeó con cautela. Fue andando pesadamente, con la mano apoyada en la cadera dolorida, hasta situarse a un par de metros del cadáver.

Boca abajo y con los genitales ocultos, parecía un hombre joven. Aún conservaba unos cuantos jirones anudados a las muñecas y una de sus botas yacía a cierta distancia, pero por lo demás estaba desnudo y no había indicios de su ropa.

Curioso: ni rastro de sus asesinos. Tampoco habían visto ninguna señal en torno a los cadáveres de las monjas, pero aquél había sido un terreno más pedregoso, en tiempo más seco. Oatsie no vio ningún signo de lucha, aunque en el barro de la hondonada habría sido normal esperar que hubiera... algo. El cadáver no estaba ensangrentado y aún no había empezado a descomponerse. El asesinato era reciente, quizá de esa misma noche, quizá de tan sólo una hora antes.

—Nubb, levantémoslo para ver si le han arrancado la cara —dijo ella.

—No hay sangre —observó Nubb.

—Quizá se la llevó el aguacero. Ahora ármate de valor.

Se situaron a ambos lados del cadáver y se mordieron los labios. Ella miró a Nubb, como diciendo: «Es sólo uno más, no es el último. Hagámoslo de una vez, compañero».

Oatsie señaló el cuerpo con la cabeza. Uno, dos, ¡arriba!

Lo levantaron. La cabeza había caído en una cavidad natural de la piedra, diez o doce centímetros más arriba de la hondonada donde se había encharcado la lluvia. La cara estaba intacta, por así decirlo, porque aún seguía allí, aunque muy magullada.

—¿Cómo habrá llegado aquí? —dijo Nubb—. ¿Por qué no le habrán arrancado la cara?

Oatsie se limitó a menear la cabeza. Se puso en cuclillas. Los viajeros se habían adelantado y se estaban congregando en la cuesta, tras ella. Supuso que habrían recogido piedras y que estarían dispuestos a matarla si insistía en dar sepultura al muerto.

La luna chacala subió un poco más en el cielo, como si intentara asomarse al interior de la hondonada. ¡La inagotable curiosidad celeste!

—No vamos a cavar otra tumba. —Así habló el más ruidoso de sus clientes, un rico mercader del norte del Vinkus—. Ni la de este desdichado, ni la tuya, Oatsie Manglehand. No lo haremos. Lo dejaremos solo y sin sepultura, o lo dejaremos sin sepultura y con tu cadáver por compañía.

—No será preciso que hagamos ni lo uno ni lo otro —dijo Oatsie, suspirando—. Sea quien sea este pobre diablo, no necesita ninguna tumba, porque aún no está muerto.

2

Más adelante, cuando los viajeros se reunieron con sus socios y familiares en la Ciudad Esmeralda —en cafés, salones y tabernas—, oyeron más murmuraciones sobre las hostilidades que habían logrado eludir. Florecieron los rumores. Cuarenta, sesenta, un centenar de muertos, resultado de las escaramuzas entre scrows y yunamatas. Bárbaros todos ellos que merecían matarse entre sí, pero no a nosotros.

Los rumores podían ser erróneos, desde luego, pero nunca carecían de interés. Doscientos muertos. O el doble. Fosas comunes que aparecerían en cualquier momento.

Pero el lujo de la seguridad les llegó más tarde. Primero, la caravana de la Senda Herbácea tuvo que reanudar su lento recorrido de caracol a través de Las Decepciones. La diversidad geográfica, las colinas, las montañas, los valles y los bosques que volvían tan memorable, tan entrañable el resto de Oz, no abundaban en esa región. Allí no había más que páramos, llanuras y más páramos, grises como pulpa de papel de periódico.

La perspectiva de atravesarlos era desalentadora, y la idea de tener que cargar con un inválido no la mejoraba. Los clientes de Oatsie Manglehand habían pagado buen dinero contante y sonante por sus servicios. Algunos procedían de la lejana Ugabu y otros se habían unido al grupo en las estribaciones orientales de los Grandes Kells, pero todos consideraban que la seguridad de su viaje debía ser la única preocupación de Oatsie.

Ella les recordó que no tenían derecho a voto. Nunca les había asegurado que fueran a viajar sin ser molestados por forajidos. De hecho, su contrato la eximía de toda responsabilidad en caso de que cualquiera de sus clientes resultara muerto durante el trayecto a manos de otro pasajero, de un polizonte, de un viajero recogido en el camino o de un nativo. Oatsie había prometido dirigir la caravana de la manera más segura que le fuera posible, basándose en su conocimiento del terreno y de sus pobladores. Eso era todo. Nada más. Con ese fin, había elegido una nueva ruta destinada a eludir los puntos calientes del conflicto intertribal, y hasta ese momento todo había ido bien. ¿O no?

Cargaron al herido.

Pese a su bravuconería, Oatsie era muy sensible a los temores de sus clientes, y se alegraba de llevar consigo al joven inconsciente: su presencia distraía a los viajeros, cuyo resentimiento no afectaba al joven.

Le preparó una cama al fondo del tercer carronato, tras requisar a sus clientes la ropa de invierno más abrigada. Lo metió en el interior de un capullo. Allí languideció el joven día y noche, no tanto febril como falto de fiebre, una condición igualmente inquietante. Después de un día entero de intentarlo, Nubb consiguió dejar caer entre sus labios la punta de varias cucharaditas de aguardiente, y Oatsie creyó ver que el muchacho relajaba de otra manera los músculos.

No podía afirmarlo con certeza. No era médico.

Pero de una cosa estaba segura. Con la llegada del joven, había cambiado el estado de ánimo en la caravana de la Senda Herbácea. ¿Por qué? Tal vez porque, si el pobre diablo había sido vapuleado hasta casi perder la vida y aun así había sobrevivido, podía haber esperanza para todos ellos. Bastaba pensar una cosa: ¡no le habían arrancado la cara! La gente se tranquilizó. El zumbido nasal de las oraciones en torno a la hoguera del campamento, a la hora de la cena, cedió el paso a un ánimo más sereno. Volvieron las canciones, a buena hora.

Lo conseguiremos. Merecemos conseguirlo. Nos ha sido concedido el privilegio de la vida, ¿lo veis? Hemos sido salvados. Ha de ser por algo. Las espaldas se irguieron y los ojos se humedecieron y brillaron, en un raptó de gratitud hacia el plan del Dios Innominado.

Transcurrida otra semana, rodearon los jalones de piedra que marcaban el giro cerrado hacia el norte, dejando atrás Las Decepciones y el mayor peligro de emboscada.

En ese mes de traeverano, el viento agitaba las hebras de pelorroble en el bosque que crecía entre los lagos. Las ardillas desparramaban nueces sobre las capotas de piel de escarco de los carronatos. El aire también era más acuoso, aunque los dos lagos quedaban fuera de la vista, detrás de varios kilómetros de bosques a ambos lados del camino.

A medida que el bosque de pelorroble se fue haciendo menos denso y la caravana alcanzó los médanos Pizarrosos, el sombreado entorno y los sencillos muros de un antiguo

asentamiento se solidificaron en medio de unos campos del color de las nueces. Era la primera construcción de piedra que veían en seis semanas. Pese a sus abruptos y airoso gabletes y la estrechez de las construcciones exteriores, pese a sus defensas almenadas, ninguna otra visión —ni siquiera la imagen de la Ciudad Esmeralda— habría sido mejor acogida en ese momento.

—¡El convento de Santa Glinda! —murmuraron—. ¡Cuánta santidad irradia!

Las mónacas que lo habitaban se dividían en distintos rangos. Algunas hacían votos de silencio y vivían enclaustradas. Otras hacían votos de complacencia. Se complacían enseñando, cuidando a los enfermos y atendiendo una posada para los viajeros que realizaban el trayecto entre los Kells meridionales y la Ciudad Esmeralda. Así pues, las puertas de madera labrada se abrieron de par en par cuando la caravana de la Senda Herbácea se detuvo ante el edificio. El comité de recepción, una cuadrilla de tres mónacas de mediana edad con cuellos almidonados y dientes cariaídos, esperaba en formación marcial.

Las mónacas saludaron a Oatsie con gélida cortesía. Toda mujer soltera que hubiera encontrado la manera de vivir sola, apartada de la comunidad femenina, les inspiraba suspicacia. Aun así, le ofrecieron su tradicional lavado de cara con agua de roselecho dulce, mientras una cuarta mónaca oculta detrás de un biombo interpretaba un himno de bienvenida con escaso talento. Cuando se rompieron varias cuerdas del arpa, resonó un juramento muy poco monacal.

A los viajeros no les importó. Estaban casi en el paraíso, pensando por adelantado en ¡camas!... ¡y una comida caliente!... ¡y vino!... ¡y un público obligado a escucharlos y dispuesto a estremecerse de emoción con las historias de su viaje!

En este último aspecto, sin embargo, las mónacas no estuvieron a la altura de las expectativas, pues de inmediato su atención se centró en el herido. Lo llevaron bajo los

pórticos y se apresuraron a ir en busca de una camilla para transportarlo a la enfermería, en la planta alta.

Cuando las mónacas se disponían a trasladar al joven a sus dependencias, acertó a pasar por allí la superiora, recién acabadas sus devociones matinales. Saludó a Oatsie Manglehand con una mínima inclinación de la cabeza y miró por un momento al joven herido. Después hizo un gesto con las manos: lleváoslo.

—Lo conocemos —le dijo a Oatsie—. A ése lo conocemos.

—¿Ah, sí? —dijo Oatsie.

—Si mi memoria no ha empezado a fallarme —prosiguió la mónaca superiora—, tú también deberías conocerlo. Te lo llevaste de aquí hace años. ¿Quince, o quizá veinte? A mi edad, no percibo el paso del tiempo como debería.

—Hace veinte años no sería más que un niño, un bebé —dijo Oatsie—. Nunca me he llevado un bebé de ningún convento.

—Puede que no fuera un bebé. Pero aun así te lo llevaste. Viajaba con una novicia desagradable que pasó varios años sirviendo en el hospicio. Ibas a guiarlos hasta la plaza fuerte de los arjikis: Kiamo Ko.

—¿Iba con Elphaba?

—Ahora lo recuerdas, ya lo veo.

—La Malvada Bruja del Oeste...

—Algunos la llamaban así —resopló la mónaca superiora—, pero yo no. Aquí su nombre era hermana Santa Aelphaba, pero yo casi nunca la llamaba de ninguna manera. Parecía estar bajo un voto de silencio, un voto privado. No necesitaba que nadie le hablara.

—¿Reconoce al muchacho ahora por cómo era entonces? —preguntó Oatsie—. ¿Ha vuelto a verlo alguna vez?

—No, pero nunca olvido una cara.

Oatsie arqueó las cejas.

—He visto muy pocas —explicó la mónaca superiora—. No hablemos más. Voy a llamar a la hermana Doctora para que examine al muchacho.

—¿Cómo se llamaba?

La mónaca superiora se marchó sin responder.

Al anochecer, mientras los clientes de Oatsie bebían algo fuerte antes de acostarse, la segunda generación de rumores echó a rodar. El hombre-niño era el confesor del Emperador. Era un delincuente con intereses en el negocio del sexo. Hablaba con la voz de un Colimbo. Salvo una costilla, el hombre-niño tenía rotos todos los huesos del cuerpo.

Muchos de los rumores eran contradictorios, lo que hacía que el conjunto resultara tanto más entretenido.

3

Era una época difícil. Corrían tiempos difíciles para Oz desde hacía una temporada (desde siempre, decían los estudiantes hastiados de la vida). La mónaca superiora, demasiado cansada para conversar, se retiró a su habitación y se aposentó en una mecedora. En un ambiente más severo de lo que sus colegas más jóvenes podrían haber tolerado, se mecía un poco y pensaba con toda la coherencia de que era capaz. (Tenía la costumbre, para prevenir el comienzo de la imprecisión mental, de repasar de vez en cuando una hebra de historia).

La Bruja (como la llamaban) había vivido en el encastillamiento del convento hacía una década y media. Era imposible olvidarlo. Hasta donde llegaban los conocimientos de la mónaca superiora, ninguna otra persona había nacido nunca en Oz con la piel tan verde como las hojas tiernas de las lilas. Pero Elphaba se había mantenido encerrada en su mundo, aceptando sin queja todas las tareas que le enco-

mendaban. Había vivido allí... ¿cuánto tiempo? ¿Cinco, seis, siete años? Después, la mónica superiora había contratado a Oatsie Manglehand para que devolviera a la novicia de labios sellados al mundo civil. El niño se le había sumado, sin que ella lo aceptara amorosamente ni lo rechazara.

¿Cómo se llamaba y de dónde habría salido? ¿Sería un golfillo abandonado por una de las cáfilas de gitanos que rebuscaban setas diminutas entre las raíces de los pelorrollos? La superiora no recordaba la procedencia del muchacho. Alguna mónica más joven lo sabría.

Elphaba se había marchado. Se había ido a Kiamo Ko, para cocerse al fuego lento del castigo que ella misma se había impuesto. De vez en cuando, la mónica superiora escuchaba las confesiones de las hermanas; pero durante su estancia en el convento, Elphaba nunca le había pedido que la recibiera. De eso estaba completamente segura. Aunque la naturaleza de los pecados de Elphaba había despertado un vivo interés en la aburrida comunidad de mónicas, la novicia nunca había satisfecho su curiosidad.

A retazos (las noticias se filtraban incluso hasta en un lugar apartado como ése), las mónicas se enteraron de la lenta transformación de Elphaba en Bruja, a fuerza de decisiones precipitadas e imprevistos lazos familiares. (Era hermana de Nessarose, la Malvada Bruja del Este, como la llamaban algunos. ¡Por el amor del Dios Innominado! ¿Quién lo habría imaginado?).

La mónica superiora suspiró, reprochándose el placer que le causaba recordar su desprecio por aquella época. ¡Cómo había saltado y aplaudido, abandonando sus oraciones, al oír que el largo reinado del Mago de Oz había llegado a su fin y que el viejo y despiadado canalla había desaparecido entre las nubes, transportado por un globo de aire caliente que anunciaba un desconocido tónico comercial! Después vino el repentino ascenso al poder de *lady* Chuffrey, de soltera Glinda de los Arduennas de las Tierras